

MEDICINA EN EL CURSO DE LA HISTORIA

por el

DR. J. GIBERT ALÓS

Voy a tratar de ver si a través de tres o cuatro figuras cimeras de la Medicina podemos colegir que el sentido «misterioso» de la Medicina es al propio tiempo *acelerador* y *freno* del auténtico progreso médico.

LA FIGURA CLÁSICA DE HIPÓCRATES

Hipócrates, nacido en la isla griega de Cos el año 460 a. J., es el auténtico padre de la Medicina, hasta el punto de que sus «Aforismos» se utilizaban como libro de texto hasta principios del siglo XIX, y encierran un código de enseñanzas y unos principios sorprendentemente modernos.

El *juramento hipocrático* todavía suele darse con el título de licenciado en casi todas las Facultades del mundo. El fué el gran clásico, auténtico padre de la Medicina, que a pesar de su paganismo puede con justicia parangonarse con muchos cristianos de nuestros días.

LA FIGURA CONSERVADORA DE GALENO: EL GRAN DICTADOR MÉDICO

En la segunda mitad del siglo II de nuestra era aparece en Roma un hombre cuya contribución a la Medicina duró más de doce siglos y aún pervive de alguna manera en el ambiente popular: el Galeno. Galeno era hijo de Nicón, rico arquitecto de Pérgamo, en el Asia Menor. «Mi padre —nos dice él— era amable, justo y benévolo. Mi madre, de mal carácter; acostumbraba a pegar a las criadas y constantemente peleaba con mi padre.» Galeno heredó la inteligencia de su padre y el carácter de su madre. Tenía una respuesta para cada pregunta y una solución para cada problema. Su inteligencia logró construir un sistema méxico, al parecer, tan perfecto, que hubo de dominar todas las ideas médicas de los doce siglos siguientes.

Así transcurre toda la Edad Media sin que la ciencia médica progresase apenas, con, por una parte, la escuela arábigo-judía, continuadora de Hipócrates y Galeno, y por otra, la labor conservadora de la Medicina monástica.

Discretamente ambientados en los orígenes de la Medicina, vamos a elegir a tres «revolucionarios» del siglo XVI, del XVIII y un tercero del XX.

EL ENIGMA DE PARACELSO

Phillippus Aureolus Theophrastus Bombastus von Hohenheim, suizo de nacimiento, vagabundo de todas las Universidades europeas, sífilítico congénito y alcohólico de afición, piadoso a su manera, católico siempre hasta la muerte, lleva en su sangre el enigma de sus ojos escrutadores.

A los treinta y tres años, en 1526, es nombrado catedrático de la Universidad de Basilea, por recomendación de Erasmo. Tres años después, para manifestar los errores de la Medicina oficial, arroja a las purificadoras llamas todas las obras de Galeno y el canon de Avicena, pagando con una vida miserable el inaudito atrevimiento: «Porque yo—dice—di a Dios lo que es suyo y a los piojosos lo que merecían. Mi barba sabe más que vosotros y vuestros autores, y las hebillas de mis zapatos son más ilustradas que Galeno y Avicena.»

Su lema fué: «Experiencia es vida» y «Todo aquel que pueda subsistir por sí mismo no necesita ser criado de ningún otro». Su aportación a la Medicina psicológica, en una época en la que todo eran influencias astrológicas, es importantísima e intuyó el factor sexual que se escondía tras la histeria, a la que denominó «corea lasciva», a cuatro siglos de ese otro gran iconoclasta que se llamó Freud.

Al escribir su testamento deja sus escasos bienes a los pobres y confía «su pobre alma a la protección de Dios Todopoderoso».

EL DESPRECIADO MAGNETISMO DE MESMER

En las postrimerías del siglo XVIII, el siglo que endiosó a la Razón, es en el que la humanidad se entrega con fe ciega a las prácticas más absurdas de la pura razón.

Y es precisamente un hombre de ciencia, Franz Anton Mesmer, doctor en Teología, Filosofía, Derecho y finalmente en Medicina, el que frente a la excomunión de academias científicas europeas combatirá por su teoría del magnetismo animal y entrará en esa ciencia hoy poderosa que es la Psiquiatría.

Fué un día de agosto de 1774 cuando el padre Hell, S. J., astrónomo y excelente amigo de Mesmer, le contó la petición que le había hecho un matrimonio extranjero de un imán en forma de herradura para curar a su esposa de unos calambres que sufría en el estómago.

Mesmer (casado con una viuda que le solucionó el problema económico) siente el cosquilleo de su vocación médica y pide al sabio jesuita unos imanes para hacer unas pruebas. Los éxitos que consigue le recuerdan la tesis doctoral de hacía unos años sobre la influencia planetaria, y comienza a elaborar su teoría del «magnetismo animal». Al año de práctica rechaza el imán al comprobar que de sus manos fluye algo, que es en realidad lo que provoca la curación de los síntomas nerviosos.

La Academia Médica de Viena rechaza su comunicación científica y le acusa de charlatanismo, cuando la misma Academia había admitido sus primeros casos atribuidos por él a la acción del imán y se había interesado por el método. Sin embargo, la guerra está declarada y sólo esperan una

ocasión para perderle; ésta llega, y pronto: Una joven, ciega neurótica y desahuciada por eminentes oftalmólogos, empieza a recobrar la visión de manos de Mesmer, pero sus colegas asustan a sus padres amenazándoles con la posibilidad de que la joven, que toca maravillosamente el piano, pierda la pensión de 200 ducados que la emperatriz María Teresa le tiene asignado. La madre quiere llevarse por la fuerza a la señorita Paradies y ante la negativa total de ella la golpea brutalmente en la cabeza y la hace perder la titubeante visión que había recobrado.

Mesmer es expulsado de Viena, pero París le recibe con los brazos abiertos para su total desgracia. María Antonieta, ávida de novedades, le brinda su apoyo total, pero él no quiere el aplauso de los poderosos, sino el reconocimiento de la Academia Médica parisiense, y quiere lograr se reconozca su práctica como ortodoxa. No quiere, como un Cagliostro o un Saint Germain, buscar la vena de oro en la mina de la humana idiotez.

La Academia de Ciencias y la Médica eluden el pronunciarse sobre un asunto que ha sido sancionado por Viena, y Mesmer, lleno de despecho, se ve constreñido a dirigirse por medio de un folleto a nobles y damas ávidos de placeres excitantes, y su caída será tan fulminante como su encumbramiento.

Tras un corto destierro voluntario a la ciudad alemana de Spa vuelve a París con el crédito real y la apoteosis de sus entusiastas.

La Clínica Magnética.—En las enormes *Cubas de la Salud*, con los pies sumergidos en el agua magnética, se arremolinan los pacientes con los dedos de las manos entrelazados, formando la *Cadena Magnética*, mientras una música suave o fulgurante se deja oír sin verse. Cuando los ánimos están preparados para lo mágico, aparece el mago. Mesmer, con una túnica larga de color lila y una varita metálica en sus manos, se irá acercando a cada uno de sus pacientes e irá tocando con su varita el lugar exacto de sus dolencias. Así empieza a provocar crisis convulsivas, las crisis salvadoras de Mesmer, en las que algunos abandonan la cadena y se revuelcan como endenomiados por el suelo. Aquellos a los que las crisis atacan con virulencia excesiva son rápidamente conducidos por los criados a las «salas de crisis», acolchadas y silenciosas, hasta que se calmen, lo que hizo que sus enemigos llegasen a asegurar que allí las damas eran apaciguadas por medios completamente fisiológicos.

Mesmer, en esta época, es convertido por sus enfermos en un santo, al que en plena calle le besan los pies o la huella que dejaron, dando un espectáculo demencial.

La epidemia de Mesmeromanía alcanza caracteres de locura colectiva; es entonces cuando el mofletudo Luis XVI, que no cree más que en la gastronomía, encarga a una comisión científica una investigación sobre el magnetismo. Benjamín Franklin, Bailly, Lavoisier, Jussieu y el doctor Guillotin son los encargados de llevarla a término.

Mesmer, al llegar la Revolución de Luis XVI le barre su palacio y su clientela y se dirige a Viena de nuevo, quince años después de su expulsión, pero le obligan a salir hacia la bucólica Suiza.

Diez años más tarde, con Napoleón en París, se le ofrecerá el regreso con todos los honores a este médico que perdió clientela, fama y dinero en París; y tierra y fincas en Viena, pero rehusará, prefiriendo seguir anónimo junto a sus enfermos.

A sus ochenta años, en 1814, la Academia de Berlín y el propio Rey le llamarán para que presente su procedimiento, que va a ser por fin, al cabo de cuarenta años, tomado en serio, pero rehuye toda gloria: sin amargura, da al mensajero todo el material de sus observaciones y acaba sus días en su patria a orillas del lago Constanza.

Es terriblemente aleccionadora la experiencia de Franz Anton Mesmer, que estuvo ciego toda su vida para el verdadero *quid* de su descubrimiento, y despreciando los síntomas de la hipnosis, que lograba en sus enfermos, buscando la idea preconcebida y errónea de que la enfermedad debía curar por crisis magnéticas. Había de ser el conde de Puységur, uno de sus discípulos y no médico, para mayor ironía, el primero que llamaría la atención sobre la hipnosis, como uno de los muchos frutos de esa energía psicoterápica, que manejó, sin saberlo jamás, Mesmer.

La puerta quedaba abierta, pero tendrían que pasar cien años para que esa Academia de Ciencias de París, que había rechazado el magnetismo de Mesmer, el pararrayos de Franklin, la vacuna de Jenner y la utopía del buque a vapor de Fulton, encerrada en su necio orgullo, no admitiera hasta 1882 la hipnosis, presentada por Charcot.

EL TERRIBLE MAGO DEL SEXO: SEGISMUNDO FREUD

Es Viena de nuevo la que se encontrará con Freud, que proyectará a los ojos de esa sociedad hipócrita y convencional el espectro de un mundo convertido en un *sexo monstruosamente hipertrófico*, dentro del cual habrá que meter al hombre entero, para extraer de él alguna explicación.

El 23 de septiembre de 1939 moría en Londres este prodigioso mago que fué Freud, racionalista, exilado y perseguido de los «nazis», a los ochenta y tres años. Hijo de madre muy joven, que le mimó hasta pocos años antes de su muerte, con un hermanastro que podía ser su propio padre y dos sobrinos mayores que él, que eran sus compañeros de juego, con un padre al que sus sobrinos llamaban abuelo, rígido e inflexible y con ese terrible estigma significó para él el ser *judío*, fácilmente encontraremos explicación a todo el mundo de sus ideas, porque Freud, que es ario por su formación e inteligencia y judío por sangre, reprimió toda su vida su inconsciente antisemita. Freud fué sincero hasta en los momentos en que se engañó a sí mismo a lo largo de sus ochenta años.

La gran aportación a la Medicina que supone el psicoanálisis lo convierte Freud en una doctrina teórica, base de toda filosofía.

La religión del psicoanálisis.—Como doctrina teórica, el psicoanálisis propugna el predominio de los instintos y del subconsciente; como método práctico reconoce en la razón el único medio de salvación para el hombre. Esta es, pues, la verdadera agonía del psicoanálisis. Da salud, pero una

salud aséptica, fría, que no basta al hombre para subsistir, porque precisa de la fe.

Freud fué un jefe rígido, severo, que anatematizó a sus discípulos predilectos Adler y Yung porque osaron mantener un criterio dispar. Todavía queda en nuestros días algún discípulo freudiano anquilosado en su mensaje, para los que cada palabra de Freud es un dogma de fe intangible.

Las etapas del psicoanálisis.—Las etapas del psicoanálisis pueden condensarse, tal como las vivió Freud, en cinco:

- 1.^a La *hipnosis*, tras la influencia de Charcot.
- 2.^a La *sugestión*, en estado de vigilia, poniendo la mano sobre la frente del enfermo y ordenándole que recordara.

Convencido de que estos dos métodos eran poco eficaces, porque suponían una entrada brutal en el inconsciente y los enfermos se resistían, invirtió la táctica y nació así.

3.^a La *asociación libre*, en la que el enfermo era invitado a hablar de los problemas que le atormentaran con plena libertad y en la que Freud iba descubriendo el subconsciente, por la imagen de vacío que dejaba el consciente. Aquí surgió en él la idea de la *«interpretación de los sueños»*, como descarga de las ideas represadas inconscientemente.

4.^a En una cuarta fase descubrió el fenómeno de la *«transferencia afectiva»*, o traspaso afectivo del complejo del enfermo hacia la personalidad del médico, concepto que se juzga el más valioso de todos los aportados por Freud. Y por último:

5.^a La *«reeducción emocional»* del paciente para una vez comprendidas las raíces de su comportamiento, hacerle apto para enfrentarle con el presente.

Los frutos de la doctrina de Freud.—A parte de la construcción total del psicoanálisis, como medio terapéutico, hay que reconocer a Freud el haber hecho bajar a la Psicología de abstracción y en haber demostrado la influencia terrible de palabras o gestos ante el niño o el adolescente, reconquistando con ello el *respeto a la personalidad*.

(Entscdo. per «Med. Esp.», 235, 1957.)

PLAZA DE ODONTOLOGO DE LA BENEFICENCIA EN SAN SEBASTIAN

Se convoca oposición libre para la provisión de una plaza de Odontólogo de la Beneficencia de San Sebastián, con sujeción a la convocatoria aprobada a tal respecto que se ha publicado en el «Boletín Oficial de Guipúzcoa» número 32, del día 15 de marzo próximo pasado.

Las solicitudes se presentarán en el Registro General de Entrada del Ayuntamiento de San Sebastián en las horas hábiles de oficina, durante el plazo de treinta días hábiles, a contar desde el siguiente a la fecha de la publicación del anuncio en el «B. O. del E.» («B. O. del E.» de 25-IV-1957).

ULTRASONIDOS Y SISTEMA NERVIOSO

El problema de la acción de los ultrasonidos sobre el sistema nervioso ha sido estudiado recientemente por W. J. Fry (*Neurology*, 6, 693-697, 1956), que ha llegado a interesantes conclusiones para lograr destrucciones localizadas de la sustancia nerviosa. Como la sustancia blanca es más sensible que la gris, se pueden lograr estas lesiones experimentales, sin alteración de la corteza. El estudio histológico de la lesión provocada por los ultrasonidos demuestra que se trata de una desmielinización.

Cabe, pues, esperar que los ultrasonidos puedan ser un auxiliar para el neurocirujano al permitirle actuar sobre formaciones que suponen un riesgo o una dificultad técnica el llegar a ellas.

Sistema nervioso y carencias vitamínicas

El papel de las vitaminas del complejo B en el metabolismo del sistema nervioso central ha quedado plenamente establecido. Un aspecto de actualidad de estas carencias vitamínicas son los cuadros psicóticos hallados en prisioneros de guerra y en la población mal alimentada. Ha quedado perfectamente establecida la relación entre la encefalopatía de Wernicke y el aporte deficiente de tiamina en la dieta. Por otra parte, se ha observado la beneficiosa acción del ácido nicotínico y de su amida en el tratamiento de cuadros de alcoholismo crónico grave, en los que incluso la citada terapéutica ha logrado salvar la vida. Posiblemente ésta es una de las razones por las que se precisa un suficiente aporte de triptófano en la dieta, ya que a partir de éste las bacterias intestinales sintetizan ácido nicotínico. Otra observación ha sido realizada en estudiantes bien alimentados, pero a los que eliminó de la dieta la tiamina. En todos ellos se presentó un síndrome neurasteniforme.

Está establecido que estas alteraciones del sistema nervioso en las carencias del complejo B se deben a un trastorno en el metabolismo de los hidratos de carbono. Este trastorno consiste en una insuficiente oxidación del ácido pirúvico y de sus sales, con el consiguiente incremento de ácido pirúvico y de pirúvatos a nivel del sistema nervioso, con lo que se dificulta la formación de ácido glutámico y la síntesis de acetilcolina, de importancia decisiva ambos, como es sabido, en la función del sistema nervioso, tanto central como periférico.

Las vitaminas del complejo B, cuya carencia parece ser decisiva para la aparición de estos trastornos metabólicos, son la tiamina, el ácido pantoténico y la piridoxina. El papel de la riboflavina y del ácido nicotínico, al parecer, está en un segundo plano. («Med. España.».)